

IBN HATIM, «EL TOLEDANO»

La cuarta cultura en el Toledo de las Tres Culturas

Mariano Calvo
Periodista y escritor

El tópico de una Edad Media unánimemente devota, sin otro referente intelectual que el teológico, encuentra réplica en la existencia documentada de cierto tipo de disidentes que podríamos adscribir a la corriente de pensamiento racionalista y agnóstico.

Las crónicas y los archivos siempre han estado al servicio de la verdad dominante, que suele ser excluyente, de ahí que los heterodoxos apenas aparezcan en las páginas de la historia sino a través de las rendijas documentales de sus procesos, martirios y textos de refutación.

Este es el caso del toledano Abd Allah Ibn Ahmad Ibn Hatim al-Azdí, más conocido como Ibn Hatim "al-Tulaytuli", uno más de estos semi-

anónimos personajes que enarbolaron en su tiempo bandera de disidencia y de cuya peripecia existencial sólo se tiene breve constancia a través de unos pocos documentos relativos a su proceso y ejecución.

Cuanto se sabe de él nos lo refiere Ibn Sahl, que asistió a su proceso en calidad de secretario del tribunal, en su obra *Al-Ankamm al kubrà*. Según esta fuente, Ibn Hatim "al-Tulaytuli" tenía a su cargo en los tribunales de Toledo la certificación de probidad de los testigos, siendo juez principal el cadí Abu Zayd al-Hassa, con el que entró en abierto enfrentamiento. Este consiguió que cerca de sesenta testigos testimoniaran contra Ibn Hatim acusándole de ateísmo y de negar la predestinación. Más en concreto, se le acusó de mostrar menosprecio por el Profeta Mahoma, poniendo en duda la

autenticidad de su misión. Afirmaron los testigos que Ibn Hatim se refería al enviado de Dios de manera despectiva, opinando que su ascetismo no había sido intencionado sino debido a las circunstancias históricas y geográficas de su vida.

Ciertamente, sesenta testigos han sido muchos en cualquier época y lugar, con el agravante añadido, en el caso de Ibn Hatim, de que el propio cadí era, literalmente, "juez y parte" en contra de su causa y su enemigo encarnizado.

Antes de que el cadí Abu Zayd al-Hassa dictase sentencia, a Ibn Hatim le sobraban indicios para albergar los peores augurios. Sabiéndose, pues, condenado de antemano, huyó de Toledo, buscando refugio en Badajoz.

Un esbirro del cadí, el implacable "censor de costumbres" Muhammad Labid al-Murabit, se empleó voluntariamente durante varios años en perseguir al prófugo. Distribuyó copias del acta condenatoria del cadí toledano en las cortes de Murcia, Almería, Denia, Córdoba y otras ciudades de al-Andalus, presionando para que los alfaquíes de estas taifas rechazasen su protección y fuesen contrarios a su indulto.

Descubierto en su refugio de Badajoz, Ibn Hatim se ve obligado a huir, e inicia un largo peregrinaje, que dura ocho años, de una a otra de las cortes taifas de al-Andalus, siempre perseguido de cerca por el fanático al-Murabit.

Un día del año 1072, Ibn Hatim "El toledano" es apresado por al-Murabit y sus sicarios cerca de Córdoba, cuando huía camino de Zaragoza.

Por entonces Ibn Sahl era uno de los alfaquíes consejeros del cadí de Córdoba y cuenta que gracias a su intervención se le concedió a Ibn Hatim el derecho a interpelación. Sin embargo, de nada le sirvió al toledano, porque fue incapaz de presentar testigos de descargo y, a pesar de que insistió en que la sentencia del cadí de Toledo había sido dictada con prevaricación, dada la enemistad que Abu Zayd al-Hassa sentía hacia él, su defensa fue desestimada y se ordenó la aplicación de la sentencia.

Y en la Córdoba de al-Mutamid, finalmente, fue ajusticiado Ibn Hatim "al-Tulaytuli", siendo crucificado y luego alanceado en la cruz. (Iconografía ciertamente sugerente la de este ateo muerto en la cruz a causa de sus ideas).

El proceso contra Ibn Hatim “El Toledano”, es muy probable que pudiera inscribirse como uno de tantos episodios de la pugna entre grupos políticos rivales del Toledo del siglo XI. Ibn Hatim sería así un chivo expiatorio escogido por el partido de los alfaquíes ortodoxos contra los partidarios del estudio de las ciencias profanas, encabezado por la familia del primer ministro al-Hadidi (su padre, constructor de la mezquita de Bab-al Mardum, y el protector del historiador de las ciencias Ibn Sa’id y del célebre astrónomo Azarquiel).

Ibn Hatim puede ser presentado como arquetipo de los intelectuales andalusíes que, en temprana época medieval, atribuyen a la religión un papel como forma histórica de culto, que admiten como necesario aglutinante social (“religare”, dice la etimología latina) y aliviadero de las inevitables miserias de la existencia, pero que la cuestionan desde la racionalidad en toda la variedad de sus discutibles aspectos.

No es casual que la figura de Ibn Hatim surja en un tiempo en el que en Toledo, al amparo del emir taifa Almamún, se da un gran florecimiento de las ciencias profanas, cuyo epítome más célebre es el astrónomo

Azarquiel. Ni carece de significado que se enmarque su figura en un generalizado esplendor cultural de al-Andalus en el siglo XI, que incluso algunos historiadores han llegado a calificar de “primer Renacimiento”.

En efecto, Ibn Hatim no es un hecho aislado. En ese contexto se inserta también, por ejemplo, la figura de esos médicos judíos de Sevilla que abogaban por la *milla kulliyya* o, lo que es lo mismo, una cultura ética universal constituida a base de todo lo bueno y honorable prescrito por las múltiples religiones. Una especie de “esperanto religioso” que fuera capaz de sincretizar todas las creencias y conformar una única religión con el objetivo de poner paz entre los hombres.

Y es el tiempo también del poeta al-Ma’arri (entre otros muchos colegas de sofisticada devoción), quien afirmaba —¡en el siglo XI!— que todas las religiones se equivocan y que la humanidad se puede reducir a dos tipos: un hombre inteligente sin religión y un hombre religioso sin intelecto.

La influencia “racionalista” en el siglo XI andalusí llega al punto de provocarle una doliente queja al pole-

mista y famoso autor de “El collar de la paloma”, Ibn Hazm, porque, según él, algunos afirmaban que para ser buen musulmán había que empezar por poner en duda la existencia de Dios y la veracidad de la profecía.

* * *

Gran parte del conocimiento que nos ha llegado sobre la corriente de pensamiento heterodoxo a lo largo del tiempo ha sido a través de la información que del mismo nos han transmitido los textos críticos de quienes se esforzaron en combatirlos (y a menudo en aniquilarlos) desde la siempre excluyente ortodoxia del poder. Otras veces, como en el caso que nos ocupa, mediante el relato de su aniquilamiento, con vocación ejemplarizante.

Pero, aunque casi siempre resultan escasas y tendenciosas las fuentes his-

tóricas en que se nos muestra el bullir subterráneo de las ideologías heterodoxas, a veces estas pequeñas filtraciones nos proyectan luces esclarecedoras.

Mediante la figura de Ibn Hatim, el Toledo “de las Tres Culturas” se nos amplía y se nos revela como un Toledo no sólo de tres sino de cuatro culturas: musulmanes, cristianos, judíos y agnósticos. La convivencia sólo fue posible —a duras penas— entre las tres primeras. Pero la cuarta, la de Hatim y los suyos, no contó con los beneficios de la tolerancia.

Mirado así, quizá a Ibn Hatim “al-Tulaytuli” le parecería que en el Toledo de su tiempo, en realidad, sólo existían dos culturas: la de los otros, y la suya. Y acaso soñaría con un futuro en que la humanidad abrazase tan sólo una: la de la Tolerancia.